

Los buenos viejos tiempos



Alan Stoga
Presidente de Zemi
Communications
www.zemi.com

LA BUENA NOTICIA proveniente desde Latinoamérica es que toda la región crecerá más de 4% nuevamente este año, luego de registrar en 2004 su crecimiento más rápido en 24 años. La mala noticia es que este crecimiento se apoya sobre bases insostenibles que, tarde o temprano, se derrumbarán.

El hecho de que América Latina haya estado creciendo más rápido de lo que lo ha hecho en décadas es debido en parte por EE.UU. y China, y en parte a cambios en políticas locales que han mantenido la inflación bajo control. La relación con EE.UU., por supuesto, está bien establecida: 60% de las exportaciones van hacia EE.UU.; la deuda externa de la región (así como una cantidad significativa de la deuda interna) es en dólares; y remesas masivas de emigrantes mexicanos, centroamericanos y caribeños se mueven cada vez más por canales legítimos.

China es un nuevo factor en la ecuación: el crecimiento chino –y el deseo estratégico del país de diversificar sus proveedores– ha impulsado los precios y la demanda al alza para todos los productos, desde el cobre y la soja hasta el acero y el petróleo. En este proceso, China se ha convertido tanto en un cliente fundamental, como en un inversionista importante para Latinoamérica. En el corto plazo ésta ha sido la diferencia entre un crecimiento modesto y uno sorprendentemente poderoso. Sin embargo, aunque China haya descubierto el secreto para el crecimiento eterno, es un país demasiado mercantilista como para que la relación con América Latina se mantenga claramente positiva hacia el futuro.

El aspecto más notable del renacimiento económico actual es que la inflación se ha mantenido dominada casi en toda la región. Los recuerdos permanentes de hiperinflación –desastrosa tanto en términos económicos como políticos– combinados con la institucionalización generalizada de la independencia de los bancos centrales, han mantenido una inflación promedio de alrededor del 6% anual. Una medida de la omnipresencia de la disciplina monetaria es que en el último año sólo cinco países –Costa Rica, República Dominicana, Haití, Jamaica y Venezuela– registraron inflación de dos dígitos. En todos los demás países, la estabilidad monetaria se ha convertido en buena política.

Lamentablemente, esto difícilmente será suficiente para que América Latina atraviese por la inevitable llegada de la depresión en la economía global sin ser afectada. El principal motor de crecimiento –la economía de EE.UU.– está cada vez más al límite. A pesar de que el presidente Bush prometió revertir el deterioro estructural en las finanzas públicas, que fue el sello distintivo

de su primer mandato, el impacto de la guerra de Irak, la devastación del huracán Katrina y la desaceleración de la economía amenazan mantener el déficit fiscal en niveles históricos. El resultado será altas tasas de interés incluso a medida que la economía se ablande bajo el peso de los altos precios del petróleo y suave demanda de inversión, así como mayor vulnerabilidad al tipo de impacto que podría provocar una verdadera recesión.

El problema real es que pocos países en la región han aprovechado el alto crecimiento para continuar la oleada de reformas estructurales iniciada hace unos 20 años. A pesar del refinanciamiento –incluyendo no solamente el espectacular default de Argentina, sino también los repagos y reestructuración por parte de México, Brasil y otros para aprovechar los spreads de histórico bajo riesgo– los niveles de deuda son todavía demasiado altos para un entorno global de crecientes tasas de interés. Aún más importante, las preocupaciones en torno al propósito regional de llevar a cabo políticas que conducen hacia un entorno menos amigable para los negocios, han producido una desaceleración en la inversión extranjera directa que los países necesitan para ser competitivos.

Habitualmente, los políticos han escogido crecimiento de corto plazo por sobre el ajuste a largo plazo, con el resultado de que los mercados financieros locales se mantengan subdesarrollados, los niveles de pobreza excesivos, y el desarrollo industrial demasiado retrasado para sostener el impulso económico en el futuro.

La versión abreviada de la historia es vivir y morir por los commodities. El aumento del crecimiento de la región ha sido construido sobre condiciones internacionales inusualmente favorables –altos precios en energía, bajas tasas de interés del dólar y creciente demanda por commodities industriales y agrícolas. Cuando cambien, las consecuencias serán severas.

Ese riesgo se verá exagerado por el ciclo político. En los próximos 18 meses, 19 países en la región tendrán elecciones nacionales, afectando a más de 520 millones de personas. Lamentablemente, los períodos preelectorales están rara vez caracterizados por mejores políticas económicas que cualquier período anterior a los mismos. Aun más lamentable, los vientos predominantes en muchos países –desde México a Brasil y a Argentina– vienen de la izquierda populista, cuyo modelo económico es generalmente inconsistente con los esfuerzos de renovar las reformas estructurales que harían a las economías más competitivas a nivel global.

La conclusión es que, por lo menos en términos económicos, estos años pronto serán considerados los “buenos viejos tiempos”. ■